El aula entre la memoria y la historia

Cristina Godoy*

Sin testamento, o para resolver la metáfora, sin tradición –la cual selecciona y nombra, transmite y preserva e indica dónde están los tesoros y cuál es su valor– parece haber ninguna continuidad legada en el tiempo y por tanto, humanamente hablando, ningún pasado ni presente, sólo un sempiterno cambio del mundo y el ciclo biológico de los seres vivos. Annah Arendt

Durante el tiempo comprometido en escribir este artículo, se han sucedido dos fechas terribles para la memoria colectiva argentina: una, la que recuerda el atentado a la Embajada de Israel; y la otra, el aniversario de un día de marzo de 1976 en el que una junta militar se hizo cargo por la fuerza del destino de Argentina; golpe de Estado que desnucó de tal manera a nuestra sociedad que nos ha costado muchos años, una generación, y un poco más, lograr empezar a sopesar los acontecimientos traumáticos que como tejido conjuntivo social vivimos, presenciamos, escuchamos, y también, ignoramos y aplaudimos, en esos años de fuego.

Hoy, 24 de marzo, una se pregunta, tal vez con mayor inquietud que en otras conmemoraciones, qué es la *memoria*, para qué está allí la *memoria colectiva*, cuáles son las maneras en que los pueblos muy castigados lidian con ella, cuánta responsabilidad nos cabe en la producción de nuestros propios desaguisados, es decir, cuánto de nosotros depositamos en esos horrores. Y es extraordinario lo que puede el simbolismo de una fecha determinada: en un nuevo aniversario del terror, desde temprano, gente, mucha gente, llama a los distintos programas de radio aportando sus reminiscencias y opiniones, intercambiando ideas, acusaciones y apreciaciones sobre un acontecimiento mayúsculo, cuyas sombras no nos han abandonado. Todavía corren lágrimas.

En una sucesión arbitraria, pregunto las razones por las que Kissinger (el mensajero de la muerte) se haya entrevistado, en estos días, con el Dr. De la Rúa y los motivos por los que sectores del Congreso Nacional están aprobando el ascenso al grado de general de militares que participaron en la represión y, también es para especular, qué intereses impulsan al recientemente retirado general Balza a explicitar, recién ahora, su conoci-

* Universidad Nacional de Rosario.

miento sobre los derroteros fatídicos de los bebés nacidos en cautiverio. ¿Por qué este señor esperó tanto tiempo para hablar?

Pues bien, estos sucesos –hoy éstos, mañana otros– constituyen sólo la punta del iceberg que emerge en nuestro presente; pero, en este registro, es prudente que quede claro para el lector que el acontecer que la inmediatez de la noticia[1] condensa, aun con toda la carga que el imaginario colectivo le insufla, resulta una representación inscripta en un largo y engorroso proceso cuando es medido por la vara historiadora; de ahí, que el presente es sólo uno de los tiempos involucrados en la memoria colectiva, pero justamente, este devenir es el que articula el relato histórico.

Entonces, al interrogante de envergadura sobre la memoria social respondo que, primero, es compleja, luego, hiperactiva, selectiva, política y mediática, y que además olvida y calla. Pero, la pregunta que deslumbra es: ¿qué tipo de relación entabla la *memoria* con la *historia*? O sea, ¿cuáles son los vasos comunicantes entre un pueblo (el ciudadano) que recuerda y el profesional (el experto) de la historia que también rememora? Cavilación: ¿qué estará pasando hoy, 24 de marzo, en las aulas de nuestras escuelas?

Desde la oscuridad de los tiempos, los hombres han hecho usos muy diversos de su memoria, ya sea a través de la leyenda, del mito, de la plástica o de la escritura. En este sentido, las prácticas de la feudalidad son paradigmáticas, ya que los monjes, en los claustros, y los escribas, en los palacios, llevaban registros de los sucesos extraordinarios que más adelante la historiografía bautizó anales y crónicas, mientras que los juglares la reproducían, aquí y allá, en sus cantares. No le es ajeno al historiador que, por esos tiempos, la memoria también nutrió el poder por medio de la *invención* de linajes míticos que fortalecieran el prestigio de la estirpe en las luchas de preeminencia entre el señor, el rey y la iglesia. La vitalidad de la memoria colectiva ha hecho que se manifieste de formas dispares en tiempos y espacios distintos, razón para que resulte tan *historizable* como cualquier otra reacción de la conciencia histórica.

Va de suyo que no es casual que en los últimos años, y con frecuencia creciente, la *memoria* se imponga como temática de controversias en publicaciones, foros, encuentros internacionales,[2] primeros planos del periodismo escrito, despliegues televisivos, etc.; recurrencia indicativa de la variedad de sentidos que el término connota, y de la preocupación contemporánea por debatir ciertos aspectos de este ejercicio de la mente y de la máquina.[3] Hoy, cuando "la historia nos pisa los talones",[4] los códigos de la posmodernidad han impuesto una velocidad inusitada a lo cotidiano:[5] un presente banalizado borra el ayer sumiéndonos en una precariedad temporal.

Esta *provisionalidad* cultural está estimulada por la hiperinflación de acontecimientos y por un exceso de representaciones cuyo efecto disolvente es el reemplazo veloz de unas por otras. Por ende, el imperio de la síntesis y de la metáfora converge en una temible inseguridad, en un reiterado desengaño respecto de la identidad colectiva y en la sensación de vivir un presente continuo, el que "masivo y contradictorio",[6] a pesar de su invasión ambiciosa, "fabrica cotidianamente el pasado y el futuro". Ante esta conmoción temporal, el comportamiento filosófico que nos imponemos en lo inmediato es buscarle algún sentido al mundo contemporáneo; a la pregunta: ¿hacia dónde vamos?, se acopla su reverso: ¿de dónde venimos? He aquí, que la incertidumbre cotidiana, la muerte de las certezas en el conocimiento, en la política, en los afectos, nos impulsa a amarrarnos colectivamente a la *memoria*, la que proporciona algún sentido a la identidad de *nosotros* y, simultáneamente, nos proyecta hacia un futuro quizás menos negativo, lo que la convierte en un salvavidas social de cara a nuestra propia "crisis de contemporaneidad",[7] o sea, que en nuestro imaginario un presente lábil convoca a una memoria de espesor histórico.

> *La prolongación de la expectativa de vida, el pasaje a la coexistencia habitual de cuatro y ya no de tres generaciones... amplían la memoria colectiva, genealógica e histórica, y multiplican las ocasiones en las que cada individuo puede tener la sensación de que su historia atraviesa la Historia, y que ésta concierne a aquélla.*[8]

A partir de estos postulados generales, me ocuparé de desenhebrar la madeja que rodea y cruza el conflictivo matrimonio entre *memoria* e *historia* en la construcción de un discurso histórico respaldado por la conciencia histórica colectiva, y más específicamente, reflexionaré sobre el lugar que ocupa la memoria en el aula.

En lo que atañe a nuestra realidad más cercana, está muy instalado entre nosotros que la discursividad mediática, en general, y la del periodismo de investigación, en particular, están nutridas de un vocabulario monocorde: búsqueda de documentación, olvido, perdón, desaparecidos, *escraches*, niños recuperados, veteranos de guerra que regresan a Malvinas para recorrer periplos bélicos, periodistas locales que visitan las Islas por primera vez, juicios en ausencia desde estrados europeos a criminales de la última dictadura, pertinencia o no de una justicia internacional en caso de crímenes *lesa humanidad*, liberación del asesino Pinochet, museo de la memoria, museo de la subversión de los años '70, monumento de los caídos en el atentado terrorista a la AMIA, etc.

Ahora bien, en estas menciones, entre muchas otras a las que podría apelar, la memoria se aproxima al valor justicia. Aunque se trata de referencias pasadas, éstas

despliegan un abanico de desafíos a nuestro presente, los que se proyectan incluso hacia el futuro –por ejemplo, a través del perdón–. En este nivel, *memoria*, *pasado*, *presente* y *futuro* se alinean en el análisis. Simultáneamente, es habitual que se entienda a la memoria como condición de la *historia inmediata,*[9] lo que estaría sugiriendo que, por un lado, la memoria tiene el alcance del recuerdo vivido, en muchos casos de reparación ético-moral,[10] al tiempo que la expresión sugiere cierta empatía entre memoria e historia, encuentro que configura un saber social en forma de conocimiento histórico que la sociedad espera que se expida a través de monografías puntuales. En síntesis, la demanda recae sobre el trabajo de los historiadores y, especialmente, apunta a aquellos cuyo *mettier* es la historia de la segunda mitad del siglo XX, entre los que sólo unos pocos grupos, recién ahora, programan sus ediciones sobre cuestiones tan candentes. Pero, por supuesto, el proceso que requiere la producción historiográfica no es lineal ni unívoco. Si tomamos otra experiencia fuerte, como la del Holocausto, visualizamos algunos puntos de toque; con todo, ciertas coincidencias no pueden ser justificación de parálisis.

> *... las secuelas a largo plazo del régimen nazi no están superadas en absoluto en la cultura universitaria y en la vida intelectual. Lo mismo sucede con el tormento psicológico suscitado por la percepción del carácter extremadamente criminal del régimen y por el vuelco del horizonte de valores posterior al hundimiento alemán en 1945: en apariencia, este tormento no se ha mitigado en lo más mínimo; muy por el contrario, muchos indicios demostrarían que la sensibilidad de la opinión pública con respecto a este período de la historia alemana se incrementó precisamente en los últimos años. Esto explica tal vez la fuerte carga emocional que envuelve en general las controversias sobre historia contemporánea en la República Federal.*[11]

Es real que nuestra práctica ciudadana viene evidenciando un interés más dinámico en despertar del sopor en el que la ley de obediencia debida, la de punto final y los indultos supieron sumergirnos. Últimamente, se han multiplicado las voces que perciben el beneficio de efectuar una catarsis colectiva sobre acontecimientos del pasado que nos han lastimado hondo como sociedad y como individuos. En respuesta a distintas motivaciones, somos más los ciudadanos convencidos de que el olvido no tiene la última palabra; el miedo parece diluirse con mayor vitalidad. Gesto auspicioso, ya que una sociedad que *discute* sus *memorias* habla de *democracia*; actitud que merece ser destacada desde lo político, y estudiada a partir de la reconfiguración constante de los saberes; en este sentido, en la ampliación del conocimiento histórico que la historiografía lleva a cabo desde hace una veintena de años, ésta ha depositado su atención en otro objeto inédito: la "historia de la memoria".[12]

Ahora bien, la atmósfera *memorística* que nos envuelve en estos días está muy pegada a acontecimientos cruentos de nuestro pasado reciente, proximidad que nos impide conocer con claridad los alcances ciertos de sus derivaciones y secuelas. Con todo, la memoria tiene otras perspectivas –más allá de la individual–, que es la memoria que se define en términos de la "nación memoria",[13] la memoria república, la memoria patria, es decir, la memoria a la que la élite gobernante argentina se atuvo a través del despliegue de diversos recursos conmemorativos, figurativos, simbólicos, artísticos, etc., para finalizar, en la bisagra de los siglos XIX y XX, con la etapa de consolidación e internalización de la representación de nación, arquitectura político-cultura con identidad propia.[14]

Para completar esta primera fase de aproximación al tema, tal vez, un breve punteo de los rasgos de la memoria en su carácter de *res gestae* y de la historia como *rerum gestarum* aporte claridad al lector. La memoria es recuerdo vivo, consciente o no; resulta una desordenada sucesión de imágenes mentales, una narración sin fin, es más, en el caso de los pueblos ágrafos, es transmitida de generación en generación por especialistas, rol destacado por su prestigio. La memoria violentada se desborda en subjetividades de una conciencia plural; justamente, se trata de una dislocación en la que el recuerdo individual se superpone al colectivo, y esto es así porque la memoria, antes que nada, es democrática y pública, nos pertenece a todos, profesionales o no de la historia. Y, por sobre todas las cosas, se mueve sensible respecto de su aparente opuesto: el olvido, y digo en apariencia, pues el olvido es paradójicamente una de las formas en que la memoria se presenta. En definitiva, la memoria es pasión. Sentimiento que no atiende sólo al dolor y al drama que desgarran a un pueblo, a una sociedad, sino que también es dúctil a la rememoración de liberaciones, de independencias, de declaraciones de principios, del hombre caminando la luna, por mencionar algunos de los pocos o muchos eventos que han gratificado a naciones en particular, o a la humanidad en general. Aquí la razón de que la memoria sea presente perpetuo.[15]

En este registro, la operación histórica se sitúa en una red de "prácticas científicas",[16] fabrica su discurso con precisión metodológica, es decir, introduce marcas de historicidad transformando a la memoria en inteligibilidad cognoscitiva; en otros términos, da lugar al conocimiento de la memoria. Respetando el equilibrio de su doble función –teórica y social–,[17] la historia tiende a una veracidad o, por lo menos, cumple su parte en un "contrato fiduciario",[18] pacto de credibilidad entre el historiador y el lector. Por lo demás, la memoria es presente epidérmico, mientras que la historia lidia con la muerte, es pasado –revivido, pero pasado al fin–. Siempre reflexiva y rigurosa, sus atributos académicos la hacen conservadora frente a la permanente frescura de la

memoria, por eso, la memoria desafía a la historia; desde el presente, la memoria "interpela a la historia constituida",[19] la hostiga. Para la historia, la memoria siempre resulta *sospechosa* porque, recurriendo a P. Nora,[20] la misión de ésta si no es destruirla es reformarla. He aquí la tensión entre una y otra, la necesidad del debate entre el saber histórico y el saber social. Pero sin llegar a tocar los extremos, tal vez, de la modulación de sus tonalidades, la tirantez devenga en correspondencia, ya que mientras que la historia es "inscripción",[21] la memoria es "conmemoración".[22]

Y en este punto nos encontramos en el aula, espacio democrático por excelencia. Mientras haya un maestro y alguien que desee escucharlo, un aula es un ámbito –real o virtual– donde se produce conocimiento que respeta las distintas voces, condición indispensable para un aprendizaje plural, el que imprime respeto a la profesión de enseñar, y a su vez, la jerarquiza.

Paralelamente, el aula es memoria tanto individual como colectiva, tanto pública como privada, en ella confluyen tradiciones e identidades culturales particulares e institucionales. El aula es uno de esos nudos donde los discursos y las prácticas se atan en la producción de sentido; bien puede ser vista como encarnación de generaciones de memorias. Por cierto, el aula es uno de los dispositivos ideales para hurgar en la memoria de los sujetos involucrados en el proceso enseñanza-aprendizaje y, a su vez, en la historización de la memoria colectiva. Porque en el aula, más o menos conscientemente, a la historia se la lee, se la estudia, se la discute, se la construye, se la proyecta desde los medios de que dispone la video-cultura, y así se la coteja con la memoria. El aula es un conglomerado donde juegan los tres sentidos de "los lugares de la memoria":[23] el simbólico (un minuto de silencio o una fecha), el funcional (un testamento, una asociación, un partido político) y el material (depósito de archivos, repositorios). En atención a este caudal de afirmaciones, precisaré algunos asuntos que hacen a las distintas aristas conceptuales, ideológicas y metodológicas del binomio *memoria-historia*, par que se presenta, en el aula, envuelto del aura de las ciencias sociales.

De memorias, olvidos y perdones

En Argentina, el terrorismo de Estado vejó, torturó, secuestró y asesinó. Robó hijos, expulsó una generación de intelectuales. La justicia cobró forma de ejecuciones, aviones de la muerte, etc. No existe imaginación que pueda abrigar tanta miseria humana: crueldad, delación, censura, fragmentación, disolución familiar debido a secuestros, asesinatos o exilios. Entre 1976 y 1983, la sociedad argentina protagonizó una especie de guerra civil. 30.000 desaparecidos bien puede caracterizarse de genocidio.

Como si hubiéramos perdido poco, en 1982 sectores mayoritarios apoyaron con fervor una guerra para recuperar un pedazo de tierra. Más muertos, mutilados, desaparecidos, pérdidas a las que se agregan los suicidios de aproximadamente doscientos veteranos de la guerra en Malvinas. Entonces, a esta altura de tanta insensatez, tal vez resulte saludable preguntarnos qué lugar ocupa en la escuela el saber histórico en su carácter de praxis social.

Estos acontecimientos, la dictadura y la guerra en Malvinas, ambos por demás de brutales, representan un nudo gordiano para las memorias que colisionan en su derredor, pero, en cierta manera, la memoria está saliendo airosa en el empeño de manifestarse públicamente, en una variedad de expresiones y de representaciones, a partir de la primera ronda que sembraron las madres en la Plaza de Mayo. Paso liminal seguido de la protesta constante de una cantidad de organizaciones no gubernamentales, nacionales y extranjeras portadoras y transmisoras de memorias. Sin embargo, la historia como responsable de la construcción de un conocimiento específico ha postergado o soslayado, en distintos espacios,[24] un tratamiento sistemático y profundo de aspectos encontrados, no así los politólogos, el periodismo de investigación, el cine y aun la poesía,[25] cuyos reflejos con el compromiso han sido más rápidos. Aquí no cabe ni la ingenuidad ni la distracción, tanto por el vigor que la memoria ha demostrado como por la actitud esquiva de la historia, que también son protagonistas en el aula.

Primero, porque los niños están pendientes de lo que la televisión dice, muestra e insinúa. Ellos son los primeros consumidores de noticias, por lo tanto, los interrogantes: ¿qué habrá pasado en esos años que ahora se habla tanto de ello? y ¿por qué hay niños perdidos?, seguramente les inquietan. Segundo, hijos, nietos y parientes de desaparecidos, encarnaciones vivientes de memoria, pueblan las aulas, con todo lo que las formas de transmisión o de omisión puedan afectarles. Tercero, cuando la escuela tuvo la oportunidad, casi única, de ajustar cuentas con estos pasados y otros, a través de la reforma educativa que se está implementando, no lo ha hecho. Ya he argumentado, en otra oportunidad,[26] que el pálido cambio curricular de la asignatura Ciencias Sociales no incentiva una reparación y, por lo tanto, el tratamiento u omisión de estos temas duros para el imaginario colectivo queda a criterio de la buena voluntad ideológica del maestro o del interés en el tema del alumnado. Cuarto, las bibliotecas escolares, ámbito de lectura al que por fortuna los estudiantes acceden libremente y, en sus ratos libres, hojean y leen libros y revistas, disponen de textos de tendencias muy definidas que permiten el conocimiento de los delitos que un Estado puede llegar a cometer para con el pueblo cuando el gobierno se coloca por sobre la justicia. Por ejemplo, me refiero a *La Argentina y sus Derechos Humanos.*[27] De prolija edición, presentado en tres idiomas

por la Asociación Patriótica Argentina, fue pensado en la década del '70 para ser enviado como contrapropaganda[28] de los sucesivos gobiernos de facto. Su prólogo comienza con términos muy claros:

> *Indignados, cansados de comprobar cómo cierta prensa extranjera deforma permanentemente la realidad de nuestro país, un importante grupo de ciudadanos nucleados en la Asociación Patriótica Argentina presenta a la opinión pública mundial este documento...*

Y en la contratapa se lee:

> *Confiamos que el eco de nuestra voz llegue allí donde se encuentran mentes libres de prejuicios y corazones sinceramente deseosos del bien de la humanidad; tanto más cuanto que nuestra palabra, en estos momentos, desgraciadamente sube de valor a la vista de los amargos frutos de las ideas subversivas... y que van multiplicándose terroríficamente, de hecho en los países dominados por el comunismo, y en amenazante perspectiva en todos los demás países del mundo.*[29]

Sabemos que el cruce de teoría y praxis constituye el punto de inflexión en la reconstrucción explicativa del pasado. Tampoco hay relato ingenuo. Ni tan siquiera los cuentos tradicionales, las películas dirigidas al público infantil o las tiras cómicas son discursos transparentes;[30] tanto es así, que ciertas interpretaciones críticas fueron prohibidas por dictaduras latinoamericanas.[31] En su momento, fue célebre el caso de *Para leer al pato Donald.*[32] Pero esto no es todo; aun a través de la rutina televidente –a lo que ahora se agrega Internet– configuramos nuestras propias evaluaciones de los sucesos en pantalla. En esta internalización de las imágenes, en la que el universo privado se confunde con el público, todos somos intérpretes activos.[33]

Pero atención, a pesar de que la esfera de producción de sentido, resultante de la hiperactividad televisiva, ejerce el rol de "escuela paralela",[34] hay distancia suficiente entre un presente filmado y un pasado que amarra a la historia, entendiendo que ésta "no funciona como los medios de comunicación, donde una información nueva anula la que ayer ocupaba la primera plana".[35] El empeño del historiador, en ligar el haz de significados, que se desprende de los acontecimientos, y el querer reintegrarlo a un sistema de inteligibilidad del pasado, ponen distancia entre la apreciación subjetiva del gran público, guiada por una memoria en plena efervescencia, y la más precisa operación historiadora a cargo del especialista. Simultáneamente, para una evaluación más certera del problema, es recomendable colocar en la balanza de un *presentismo* invasor el considerando de que el "investigador inmediato"[36] (periodista o historiador) ignora el

final del proceso, su tiempo es el tiempo corto, el del suceso explosivo,[37] a diferencia de la concepción de una temporalidad más modulada –la larga duración– de aquel investigador cuyo objeto es un pasado más lejano. Más allá de lo obvio de que la formación académica del historiador dista mucho de la del periodista –por tratarse fundamentalmente del tratamiento específico de dos objetos diferentes–, por lo general, este último está presionado por una restricción práctica: los límites del espacio o de tiempo que el enunciado de la noticia debe respetar,[38] imposición que influye además sobre la caracterización de la textualidad de su discurso. Resulta evidente que estas apreciaciones dan pie a desglosar trayectos epistemológicos que conciernen a la espasmódica relación entre objetividad y subjetividad en los estudios históricos y, más específicamente, relativos a la cuestión de la verdad en los estudios sociales, asunto del que, por razones varias, no me ocuparé en este trabajo.[39]

No obstante, a esta altura de los tiempos, nadie duda de la responsabilidad social de la fase de elección intelectual del docente y/o investigador, compromiso ético que, por otra parte, no es prerrogativa de los historiadores. De todas formas, en este expediente importa destacar el carácter ideológico-cultural, tanto del problema histórico a estudiar como del tipo de materiales para su tratamiento, y engarzar este argumento al del "uso público de la memoria",[40] publicidad que tiene la capacidad de definir los puntos de colisión entre la memoria y el olvido, de los que la comunidad deviene en su custodia a través del ejercicio de la política.

Con todo, el asunto suena más sencillo de lo que en realidad es. En 1925, Maurice Halbwachs publicó *Les cadres sociaux de la mémoire.*[41] En su opinión, puede haber "una historia" pero existen muchas "memorias colectivas": (la memoria) representa lo más social de las instituciones, muestra la capacidad de seleccionar pero también articula una sociedad con su pasado. En otros términos, la memoria colectiva se vuelca a la reparación cuando la sociedad comparte heridas muy profundas, o sea, que la memoria teje redes de identidad y de pertenencia. Va de suyo, que la memoria se constituye en amalgama de un pueblo con su pasado y su futuro. Esta proposición teórica explica que las sociedades sin escritura, cuyos tiempos difieren de los nuestros, edifican, defienden y transmiten su memoria, entre mito e historia, a través de redes generacionales.

En rigor, en no pocas oportunidades, los argentinos hemos optado por prescindir de una configuración plural de nuestra memoria colectiva, hemos girado la mirada para no ver lo que estaba sucediendo a nuestro costado: "esta batalla no es mía...", o en su defecto, "por algo lo/la habrán llevado...". Pero en el último par de años, a partir de las citaciones efectuadas por magistrados de la justicia civil a jerarcas de la dictadura para interrogarlos acerca del destino de los bebés nacidos en prisión, hijos de

madres desaparecidas; de la decisión de abrir archivos militares; de la comparecencia de Artiz en los tribunales civiles; del mismo *affaire* Pinochet, de alguna manera, estamos haciendo estimaciones de los efectos psico-sociales legados por las prácticas siniestras de la última dictadura militar, procurando reparar nuestro olvido, aunque más no sea, tímidamente, a paso lento, venciendo dificultades históricas, pero avanzando respecto de la desidia de otras justicias latinoamericanas, por caso, la chilena, la uruguaya y la brasileña.

He apelado a la importancia que tiene para los pueblos ágrafos los transmisores de memoria, porque ellos vienen a ser los vectores del recuerdo; ahora, si una generación obtura la reproducción de esta memoria o una generación la rechaza, aparecerá el olvido, aunque también se entiende que no se puede olvidar lo que no se recuerda. Pero ni la escritura ni la transmisión oral son las únicas formas de encarnar la memoria; también existe todo una sistema simbólico que se encarga de la *presentificación* del pasado y de los valores de ese pasado. La escuela sabe de esto porque se trata de la memoria grabada en el monumento, en la efeméride, en el compendio de valores, o sea, que estamos ante la metáfora de la memoria cuyo conjunto constituye la alegoría patria. En estos días, se ha inaugurado la Plaza Israel en el sitio donde la embajada de ese país fue arrasada por las bombas terroristas; en esta plazoleta ha sido colocado un candil religioso, única reliquia que se pudo rescatar de entre los escombros: símbolo de memoria viva, símbolo de la *re-creación*.

Y éste es un ejemplo particularmente vivo, en razón de que no es tanto el recuerdo sino el *no olvido*, la *Halakhah*, la Ley, la Torah, la Enseñanza, la que repetida y transmitida de una generación a otra constituye la Tradición, la Identidad colectiva. En consecuencia, dice Yerushalmi:[42]

> *... lo único que la memoria retiene es aquella historia que pueda integrarse en el sistema de valores de la halakhah. El resto es ignorado, "olvidado".*

Pero lo olvidado también tiene su historia, porque lo más condenable es el olvido y en esta clausura reside la extrañeza de la memoria...

> *... contra los militantes del olvido, los traficantes de documentos, los asesinos de la memoria, contra los revisores de enciclopedias y los conspiradores del silencio..., el historiador, el historiador solo, animado por la austera pasión de los hechos, de las pruebas, de los testimonios, que son los alimentos de su oficio, puede velar y montar guardia.*[43]

Al recapitular esta panorámica, se percibe que la tarea de levantar los velos que cubren la memoria de las "promesas no cumplidas"[44] no le cabe sólo al oficio del historiador sino también al quehacer del educador –también al del juez–,[45] profesionales que en su carácter de agentes reproductores de la "Tora" –cada pueblo tiene su Tora y su tradición– ayudan a *des-cubrir* lo que no se ha cumplido del aquel pasado que en su momento fue presente. Así es que el aula es uno de los sitios en que la memoria se columpia entre el recuerdo y la historia, entre el olvido y el perdón. El anhelo de justicia es resucitador insospechado de las utopías que pasaron por el cedazo de la historia porque "la fuerza del derecho a juzgar proviene de la energía del presente".[46] Si como dice Koselleck,[47] la historia se mueve entre el "espacio de experiencia" y el "horizonte de espera", y si como, a su vez, Yerushalmi arriesga en cuanto a que es posible que "el antónimo del *olvido* no sea la *memoria* sino la *justicia*",[48] se puede pensar que el tráfico del olvido también acarrea el "perdón" y el "consenso" para *limpia*r la memoria y la *culpa* de un futuro.

En el orden del perdón, la *víctima* es la única que puede *perdonar* ante el pedido del victimario...

> *... no se olvida el acontecimiento pasado, el acto criminal, sino su sentido y su lugar en la dialéctica global de la conciencia histórica... a diferencia del olvido evasivo, el perdón no se encuentra encerrado en la relación narcisista de uno consigo mismo. Supone la mediación de otra conciencia, la de la víctima que es la única que puede perdonar. El actor principal de los acontecimientos que hieren la memoria, el autor de los daños, sólo puede pedir perdón.*[49]

El perdón es factible de ser implorado en el nivel religioso –hace pocas semanas, el mundo ha sido testigo del *mea culpa* efectuado por el Papa en memoria de los pecados cometidos por la iglesia católica–, o bien, en el marco judicial; o también, es posible gestionarlo ante el Poder Ejecutivo. Las tres vías acarrean, cada una, sentido y repercusión sociales propios; por ejemplo, el Papa no hizo una mención explícita al Holocausto ni se refirió a la sordera de sectores de la iglesia para con la represión de las últimas dictaduras latinoamericanas. En cuanto a las figuras de la *amnistía* y del *indulto*, son procedimientos de "perdón fácil",[50] son gestos políticos, no de la justicia, e implican la intención de que el pasado no sucedió.

Un Estado, cualquiera sea, que ignore que uno de los pecados capitales del olvido es hacer oídos sordos a los conflictos que una sociedad genera en torno de sus *memorias*, *decreta* una *amnistía* o un *indulto* amparándose en *razones de Estado* de *pacificación* y *orden*. La gravedad para el cuerpo social, que implica la decisión unilateral de absol-

ver a los criminales por medio de la *gracia* presidencial, reside en que desde el punto de vista ético, la vida humana pierde su valor: el indulto negocia con la muerte; y desde el ángulo de la política, se retrocede respecto de las expectativas de reconciliación, en el sentido, de que la esperanza de reparación se envuelve de una fragilidad latente que pone en peligro un futuro democrático genuino. Mediante esta acción política discrecional se fractura la confianza de la condición humana que liga el "espacio de la experiencia" con el "horizonte de espera"; o sea, que cabalgando a contrapelo del futuro se trastocan los tiempos humanos retrocediendo hacia la supresión intencionada del *juicio civil* en su carácter de espacio público de la memoria, ámbito de legitimidad, el que por medio del acto de *hacer justicia* se abre a la *re-escritura* de la historia.

La memoria compartida

En cuanto a la "memoria-nación", la historia tiene bastante que decir sobre su configuración porque en nuestro país, desde el siglo XIX, y sobre todo al promediar las primeras décadas del siguiente, ha sido la disciplina responsable, tutora y reproductora de virtudes ciudadanas a través de medios muy eficaces: escultórica conmemorativa, archivos, monumentos, actos patrios. Este frenesí conmemorativo se ha encarnado en múltiples gestos, rituales, alegorías, o sea, representaciones simbólicas que el poder de turno enalteció a través de la representación del heroísmo inscripto en cierto altar patrio ungido por el imaginario colectivo: semidioses portadores de coraje, generosidad y sacrificio, galería de personajes y de gestas que colaboró en conjugar una unicidad como nación.

En efecto, en la bisagra que abrochó ambos siglos, el bagaje axiológico dirigido a fortalecer la tríada nación-ciudadano-identidad, base cívica sobre la que descansó la consolidación del Estado argentino, se constituyó en un aparato reproductor de ideología que los sectores dominantes supieron manipular con destreza, por ejemplo, a través de la iconología patria.

Sobre todo en las ciudades más populosas y anfitrionas de inmigración, fenómeno portador de memorias disímiles y múltiples, tuvo lugar el proceso de "panteonización"[51] –estatuaria, bautizo de calles y paseos públicos, construcción de fuentes y altares *post mortem*, etc.–, constelación cívica de la desaparición física, de la fuerza pétrea de la imagen y de la inmortalidad del ejemplo moral de quien se deseara destacar. Erigida la imagen, se inauguró el hábito del homenaje –cívico, religioso, militar, escolar, etc.–, ceremonia que, prácticamente desde la constitución de la nación, ha contemplado el discurso público y la ofrenda floral (rodeada de palma de laurel), los colegiales portando

la bandera, cuando no el *tedeum*, prácticas dedicadas a exaltar, en la memoria colectiva, la eternidad de las virtudes del prócer o del emblema.

Refugiándose en comportamientos políticos que apuntaban a consolidar la idea de la nación fundada en la mentalidad colectiva, el Estado, en calidad de entidad responsable del bien común, se erigió en custodio de lo patrio. La escuela, una de sus prolongaciones ideológicas en la sociedad civil, devino en natural bastión de los principios reguladores, ordenadores y defensores de la *argentinidad* como identidad. Así las cosas, la asignatura Historia cruzó los tiempos como herramental legítimo en dirimir la memoria por medio de la enseñanza pública, la que cobijó a todos los sectores. Porque una institución para preservarse necesita "controlar"[52] la memoria de sus miembros: izar y arriar la bandera, el acto escolar indicado por el "calendario escolar", la presencia del abanderado y sus escoltas en el Monumento a la Bandera, etc., son gestos que forman parte del rito cotidiano de la liturgia escolar, en su carácter de institución que acopia la memoria colectiva. En este registro de estrategias de la imaginería colectiva, dirigidas a otorgarle cohesión a la memoria, vale mencionar el ejemplo francés:

> *... la lectura en voz alta, que hace brillar en los salones, merece pues entrar también en el ámbito de los ejercicios didácticos. A fines de la década de 1870 esto comienza a oírse en el ministerio. Agénor Bardoux el primero, en una circular dirigida a los rectores, llama la atención a los directores de enseñanza media sobre la lectura en alta voz e insiste en su valor cívico (la lectura en los actos públicos), que interesa a todos los notables de la nación..* [53]

Siguiendo a Nora, una vez superada la coyuntura del fortalecimiento de la nación, ésta no representa más "un combate sino un regalo"; la historia ha devenido en una ciencia social y la memoria en un fenómeno puramente privado: la nación-memoria es la última encarnación de la historia-memoria; en realidad, de lo que se trata, es de que ya no celebramos a la nación sino de que "estudiamos sus celebraciones".[54]

Cuando nos preguntamos sobre la desaparición del héroe en la escuela argentina, aun atendiendo a la fragmentación de las representaciones que ha impuesto la posmodernidad, el héroe tradicional forma parte de esa historia-memoria; de ahí, que su imagen se haya diluido entre muchas. Para la ciudadanía, que ha sufrido los embates del terrorismo de Estado (la dictadura) y del terrorismo internacional (la Embajada de Israel y la AMIA), la figura de héroe se vuelve colectiva y pertenece a la memoria pública. Tampoco, a esta altura de los tiempos, tendría el mismo valor para el imaginario colectivo el sentido que éste le ha adjudicado tradicionalmente a la tumba al soldado desconocido. Aquí y en otros sitios del mundo, justamente, los nombres y apellidos de

los caídos, *hacen el monumento* porque, entre otras cosas, en nuestra cultura política contemporánea lo particular –caracterizando *estilos de vida*– hace al colectivo inscripto en un Estado macro.

> *... la interiorización de la conciencia nacional, ¿debería escoger entre los buenos y los malos? En verdad, estas preocupaciones ya no están de moda porque la historia está a punto de desaparecer de una enseñanza que no ha encontrado aparentemente en su alforja suficientes "héroes positivos" para hacer de los jóvenes ciudadanos franceses (podríamos extenderlo a nuestra propia realidad*[55]*) los serenos engranajes de la sociedad productivista.*[56]

Esta sociedad productivista es a su vez multicultural, rasgo nítido en una escuela heterogénea que se aleja lo más posible de la escuela tradicional comunitaria,[57] "definida por la pertenencia de todos al mismo conjunto social, cultural o nacional";[58] y esta escuela plural también multiplica las memorias donde *unos* se reconocen en los *otros*. En cierta forma, esta confluencia cultural *re-funda*, *re-inventa* las tonalidades de una sociedad, identidad que ya no se reconoce sólo en la entidad *nación*. En este sentido, tampoco existe para la memoria colectiva un único espesor de acontecimiento histórico. Las dictaduras latinoamericanas, la guerra de Vietnam, la guerra en Yugoslavia –como ejemplos– fracturaron la red axiológica de las sociedades en cuestión y de la humanidad toda. Los hombres producen acontecimientos tan conmovedores, su impacto en la sensibilidad de la vida social es tan brutal, que sellan, por siempre, un antes y un después en las memorias de la humanidad.

> *Existieron en el pasado acontecimientos abyectos cuyo relato es necesario y que por ello mismo imponen un estatuto específico a su narración, sobre todo cuando viven todavía en la "memoria culural", Auschwitz es un "acontecimiento fundador negativo" que es preciso mantener de lo memorable y cuya enunciación en ningún caso puede ser deformada.*[59]

En la actualidad en que la "nación-memoria" corresponde al pasado, las disoluciones territoriales, étnicas y religiosas quiebran los valores en los que esa sociedad se fundó y el efecto de la fragmentación es el arduo y doloroso proceso de *re-fundación* de la *identidad*. Entonces, en el interior de este forcejeo entre lo particular y lo colectivo, en las conexiones intersubjetivas que alimentan el tránsito de la memoria a la historia, viene a cuenta el ejemplo de la memoria étnica en lo que concierne a las consecuencias de los desplazamientos humanos o de la misma *limpieza étnica*: cada grupo debe "redefinir su identidad" para la "revitalización de su propia historia".[60]

Déplacement décisif que ce transfert de la mémoire: de l´historique au psychologique, du social à individuel, du transmissif au subjectif, de la répetition à la remémoration. Il inaugure un nouveau régime de mémoire contemporaine a entraîné une économie singulièrement nouvelle de l'identité du moi, des mécanismes de la mémore et du rapport au passé... L'atomisation d'une mémoire générale en mémoire privée donne à la loi du souvenir une intense puissance de coercition intérieure...[61]

Al girar hacia uno de los nichos de la memoria, encontramos el *archivo*. En referencia a la escuela, caracterizaré el archivo en su desempeño más laxo: acopio de documentación escrita, colecciones, registros varios (representaciones de imágenes, fotografías, cartografía, correspondencia institucional, etc.), archivos informáticos, museos escolares. Es tiempo de hacer la salvedad de que, llegado el caso, el material de archivo es sólo uno de los tantos recursos posibles en el ámbito de una elaboración cogniscitiva compleja, laboratorio del que se debe eliminar por completo la tradición de la copia del dato y la concepción del archivo como reflejo de la realidad, en pos de una operación histórica sofisticada de prolija reflexión conceptual.

En este sentido, se entiende que la escuela misma, en su condición de institución pública, es un *archivo vivo* que llama a la decodificación de sentidos muchas veces encapsulados por años. Por ejemplo, la semántica que se desprende del discurso de los manuales de estudio; las bibliografías prohibidas por la dictadura; fluctuaciones de sentido en las representaciones de los actos escolares; modulación de la atmósfera social escolar durante la etapa de la apertura democrática; sondeos de opiniones en talleres de educadores, son algunos de los problemas sobre los que se ha fijado la mirada investigadora y, en la mayoría de los casos, el investigador en iconología, antropología, educación, historia, sociología, psicología, política o ética, ha encontrado sus materiales de base en el mismo perímetro de la comunidad educativa.

Esta enumeración sólo viene a cuenta de que maestros, docentes y alumnos, todos los días, constituyen y conviven en circuitos de memorias. El análisis de los mismos, con el objetivo de transformarlos en narraciones históricas, agrega espesor teórico-metodológico a las ondas expansivas del conocimiento, al establecer una relación de correspondencia más elaborada con la manida práctica de auscultar *la historia de la familia del alumno* (vida privada) o *la del barrio* (vida de la comunidad) para que, por fin, la comunidad escolar se encuentre preparada para proyectarse hacia el futuro a través del "horizonte de espera", donde las utopías se sitúan en forma de políticas educativas.

La construcción de un *archivo de la palabra y del gesto*, por parte de docentes y alumnos, puede resultar una experiencia que gratifique el quehacer cotidiano de ambos

grupos, impulsándolos a trabajar, codo a codo, la *memoria colectiva*. Ahora, cuando la nueva currícula se está poniendo a prueba, el marco de la las Ciencias Sociales resulta el paño ideal para conformar, a partir de ópticas teóricas distintas, un dispositivo de confluencia cultural significativo: un *archivo de la palabra*, en el que incluso los alumnos con dificultades motrices, visuales, etc., puedan aportar sus capacidades e imaginación.

Ya hace tiempo, que la escuela viene practicando con lo que en la jerga docente se ha denominado "historia oral", textualidad a la que todavía le falta pasar por varios estadios metodológicos para devenir en *Historia*; en otros términos, esta reunión de materiales verbales queda a la espera de la impronta de un futuro historiador. Dentro del amplio campo de los estudios sociales, los *etnotextos* ocupan un lugar específico debido a sus características particulares –no es para descartar ligeramente el tiempo y el esfuerzo que una investigación oral decorosa compromete– y a los recursos técnicos que su relevamiento requiere para alcanzar una meta precisa que garantice el éxito de la empresa, teniendo en cuenta que una falla proveniente de la dependencia respecto de la tecnología puede hacer que la operación aborte para frustración de los involucrados.

Más allá de la controversia que desde hace años la acompaña, esta forma de recuperar signos del pasado goza de muy buena prensa en la escuela, y en mi opinión, el *laboratorio oral* puede resultar una herramienta eficaz para recuperar lo dicho y lo silenciado, lo recordado y lo subyacente en la memoria individual-colectiva de un grupo de la sociedad en relación con un problema o fenómeno determinado: circunscribir el *acontecimiento*, es decir, el objeto de estudio, con el propósito de que el equipo de trabajo logre obtener al final de la experiencia conclusiones, aunque provisorias, para ser presentadas por escrito, o en diagramas, videos, proyecciones informáticas, etc., o en la modalidad de síntesis que el grupo de trabajo considere apropiada.

En el marco de este punteo, es útil revisar algunas cuestiones en torno del tipo de operación que requiere montar un *archivo de la palabra*. Como primera cuestión, el equipo: a) tiene que tener claro los pasos que el montaje demandará; paralelamente, b) discute las categorías de análisis que aplicará al estudio en particular. Se sobreentiende que se está encarando dos tareas complejas simultáneas, factibles de ser adjudicadas a equipos de trabajo diferentes: 1) el andamiaje del archivo: con qué elementos se lo equipará, qué tipo de clasificación se utilizará, qué criterio de orden y rotulación, de qué manera se va a subdividir el espacio físico asignado para el archivo, decidir sobre los recursos técnicos con los que, en general, los alumnos van a trabajar en las distintas experiencias: grabadores, filmadoras, cámaras fotográficas, dibujos a mano alzada, tipos de registros escritos, muestras estadísticas, o de elementos especiales, ya que temas provenientes de otras disciplinas, por caso, de la biología –que también tiene su memo-

ria– pueden formar parte de este tipo de arquitectura de acopio de materiales; 2) el estudio específico del problema elegido, opción que surge de varias reuniones previas en las que, además, se han acordado cuestiones teóricas, metodológicas y técnicas. No es conveniente omitir estas discusiones preparatorias porque sus resultados serán los que eviten un final meramente episódico y descriptivo.[62] Respecto del entrenamiento técnico, es recomendable que los alumnos atraviesen una etapa de instrucción sobre el manejo de los distintos dispositivos a utilizarse.

En caso de que el equipo de docentes y alumnos decida que el estudio se hará por medio del sondeo de opiniones, el grupo elaborará un cuestionario con mucho cuidado, contemplando edades, procedencia étnica, extracción social, inserción laboral, etc., de los entrevistados potenciales. No es sencillo plantear preguntas inteligentes y de formulación correcta, sobre todo, si las mismas van dirigidas a personas pertenecientes a generaciones distantes de la edad del alumno. El asunto del cuidado que se debe tener en la formulación de las preguntas atañe a la diversidad de actitudes que los estudiantes tendrán que afrontar en el universo que se ha delimitado. Por esta razón, es prudente que se acuerde con anticipación un encuentro con el entrevistado para aclarar aspectos generales y técnicos. La espontaneidad es bienvenida pero la improvisación es lamentable.

Por lo demás, se descuenta que el éxito de la experiencia mucho depende de la predisposición y preparación de los alumnos; por eso, la importancia del trabajo en *taller,*[63] ya que este ámbito crea la atmósfera de pertenencia al tema y afirma los vínculos afectivos intra e inter grupales. Los materiales de trabajo serán preparados con tiempo suficiente y con dedicación cuidadosa: preguntar cualquier cosa, hacer la entrevista con enunciados equívocos, a la ligera, o fuera de contexto, desvirtúa el proyecto.

Asimismo, el alumno lidiará con personas reacias a contestar, o que lo hacen con desgano, o bien, están las que se niegan a ser entrevistadas, filmadas o, simplemente las que consideran que lo que tienen que decir no es interesante; y también están las verborrágicas, gente difícil de "parar". Razones suficientes para que el grabador devenga en el catalizador de las reacciones impresas en la experiencia. Convengamos que es imposible prescindir de algún tipo de elemento de grabación porque, más allá de que la meta del estudio se programe como síntesis escrita –existen varias formas posibles–, el objetivo macro es ir armando el archivo distribuyendo adecuadamente tanto las piezas orales como las gestuales; aquí la importancia de introducir a los alumnos en las técnicas de filmación en video y en otros aportes de la última tecnología. Los comentarios y observaciones que los alumnos agreguen, a medida que lleven a cabo las entrevistas, enriquecerán notablemente el itinerario futuro del proyecto y, precisamente, las actitu-

des, los gestos, las modulaciones de voz, los espacios de silencio, la risa, y sobre todo, el olvido, devienen en recovecos entre los que se encuentran "los lugares la memoria".

> *En el interior mismo de una encuesta, el mejor resultado es obtenido cuando se establece con el interlocutor un verdadero lazo, "pasa la corriente"... Para resumir en una frase, la buena entrevista es en la que se tuvo mutuamente placer en la conversación.*[64]

Hay tendencias historiadoras que consideran a la palabra escrita el fin de la experiencia oral y están las que sostienen que transcribir significa "traducir",[65] con las alteraciones que este procedimiento puede imprimir al trabajo. No obstante, para este nivel de principiantes en el sondeo de opinión, pienso que ambas fases son equivalentes en importancia como antesala de una preparación más sofisticada. Es decir que, por un lado, los miembros del equipo podrán evaluar las etapas del trabajo, tanto personal como colectivo, con mayor precisión a través de conclusiones por escrito; y por otro, la escritura les impondrá cruzar la información oral con fuentes y recursos escritos y visuales, para finalmente poner las ideas sobre el papel, escalón particularmente difícil de subir.

A su vez, este archivo que es acopio de la *memoria-palabra* y de la *memoria-gesto*, necesita conservar los registros originales, o sea las cassettes de voces y de imágenes, CDs, fotografías, planos, mapas, etc., producciones que serán clasificadas y ubicadas en anaqueles, contemplando el hecho de que este material constituye el punto de partida de futuros estudios o de posteriores tratamientos comparativos. Finalmente, se entiende que ninguno de estos recorridos es lineal, ya que los equipos de trabajo se encontrarán con una multitud de tiempos sociales, con una variedad de discursos y con contextos desconcertantes y múltiples. Esta heterogeneidad hace, justamente, la extrañeza del estudio porque:

> *El lenguaje expresa, con licenciosidad o torpeza, con convicción o temor, la complejidad de las relaciones sociales y de las formas de ponerles buena cara, la misma que imponen las estructuraciones sociales y políticas de la ciudad.*[66]

Hoy, cuando la posmodernidad ha favorecido el dominio del presente sobre lo cotidiano, cuando los tres tiempos, pasado, presente y futuro, parecen haber alterado su relación sustancial que concedía espesor a la historia, contemporaneidad en la que vivimos un "presente cada vez más historiográfico y menos histórico"[67] y cuando el magnetismo de la identidad nos resulta más atrayente que el de la nación misma, nues-

tras raíces nos atraen con mayor fuerza, y la memoria deviene en el peso específico que nos sostiene como sociedad; por eso François Hartog dice que estamos rodeados de una "mirada museística".[68]

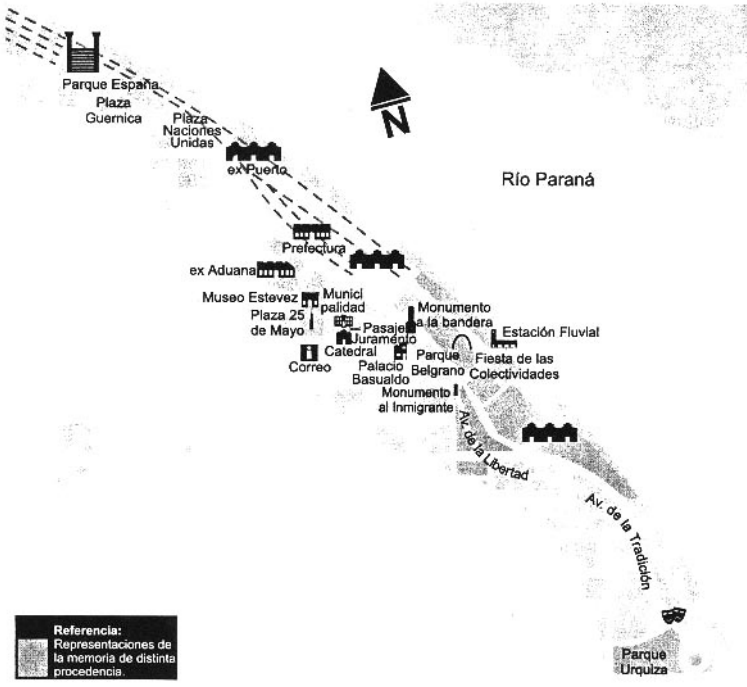
En el nivel internacional, el *museo*,[69] más allá de los materiales que atesore, es otra prolongación significativa de la memoria colectiva y su caudal lo convierte en una especie de "panóptico" del pasado. Lamentando el deterioro y la pobreza en que se encuentran muchos de los museos de nuestro país, bienvenida sea la inauguración de nuevas arquitecturas,[70] el reciclado de otras y los proyectos autogestionarios. El museo puede estar bajo techo o en el exterior, ser desmontable o itinerante, incluso digital, rural o urbano, privado o público; pero, como he tratado de demostrar en el trabajo de campo en relación con el montaje del *archivo de la palabra y del gesto*, el museo debe nacer como espacio democrático, abierto a todos. Lugar de experimentación, de intercambio y de aprendizaje, pero también, reducto de reflexión respecto de los sentidos que emanan de su contenido. Además, el museo es *teatralización*, *dramatización* político-ideológica, rasgo que distingue, sobre todo, a los *museos al aire libre*.[71]

Obviamente, el proyecto de armar un museo (el proyecto del archivo de la palabra y los gestos pudo haberse pensado como museo) necesita del trazado de objetivos y del diseño de actividades muy diferentes de las estrategias pensadas para el estudio de un museo de larga data o de afincada tradición en la comunidad. Por cierto que la idea de un *museo al aire libre* es, desde su inicio, por una parte, un desafío interdisiciplinario y, por otra, está ligada a la concepción de *patrimonización del espacio*.[72] Leo en el diccionario que "patrimonio histórico-artístico" significa: conjunto de bienes inmuebles y muebles que por su valor histórico, artístico o cultural están sujetos a un régimen especial. Esta última frase, régimen especial, está hablando de custodia, posteridad, futuro, generaciones por venir y hasta eternidad. ¿Es el museo una forma de inmortalidad?

Veamos. Un museo al aire libre implica un espacio físico de dimensiones totalmente diferentes del museo de corte tradicional, porque su superficie abarca edificios públicos y privados, plazas, parques, esculturas, monumentos, museos, archivos, además de fiestas, folklore y desfiles de distinto tipo; aquí una parte del significado de *teatralización*, mientras que la otra connotación se refiere a la utilidad ideológico-política[73] de la memoria. En tal dirección, con más espontaneidad ocasional que racionalidad urbanística y carente de detalles de demarcación e identificación imprescindibles; a pesar de todo, la ciudad de Rosario ha ido construyendo su museo al aire libre. El visitante que fije la vista en cada uno de los elementos históricos, artísticos, escultóricos, edilicios, o de archivo, y en las actividades de ocio, de recreación, de conmemoración, de protesta, de música, danza y teatro, etc., que se extienden a lo largo y ancho del arco

que bordea el río Paraná, desde el Parque Urquiza hasta el Parque España, observará que el conglomerado configura como concepto un *espacio patrimonizado*, y en los hechos, un *museo al aire libre*.

Acopio en el que las memorias se deslizan hacia las representaciones ideológica, histórica y geográfica: buena parte de los discursos de la historia de Rosario ha quedado inscripta en estas calles, en estos parques, en este ex puerto, en estos edificios –algunos transferidos de la esfera pública a la privada y viceversa–; incluso el río Paraná en sí y su representación en las pinturas de Dominguez constituyen memoria pública, en otros términos, una patrimonización del espacio plena de hermenéutica. Demás está señalar, que la elección de personajes y acontecimientos que completa esta especie de cronología pétrea de la historia local y nacional, que cruza el paisaje cotidiano de los rosarinos, ha estado determinada en los distintos momentos de su construcción por una concepción de la historia que enaltece a unos y relega a otros; en este registro no es casual que el arco histórico referido comience en el Parque España y termine en la Parque Urquiza.



Museo al aire libre. Rosario

Las políticas de urbanismo también están nutridas de memorias y olvidos, aquí y en otros sitios de la tierra, porque el matrimonio entre memoria y política incluye la clausura. Es interesante recordar que en 1989, frente a este arco de la memoria pasó el barco que portaba los restos repatriados de Juan Manuel de Rosas, en un gesto paradigmático de reconciliación nacional, recuperación estimulada por el Presidente de la Nación, Carlos Menem, quien a lo largo de una década de gestión no descartó oportunidad de hacer gala de un discurso en el que el *olvido* aparecía como garantía de la *unión de los argentinos,*[74] unicidad ideológica en la que todas las tonalidades políticas convivirían sin conflicto, omitiendo que la historia ha demostrado que las naciones se construyen entre el conflicto y la violencia.

Girando hacia el plano de la interpretación analítica, el acopio de huellas del pasado en forma de monumentos, esfinges, placas, manifestaciones políticas –incluida la muerte política–, fiestas y conmemoraciones periódicas que pueblan este museo al aire libre –caso la fiesta anual de las comunidades extranjeras–, contempla las tres funciones postuladas por Nora para los *lugares de la memoria*: la material, la simbólica y la funcional. El conjunto conmemorativo que habita este museo al aire libre resulta –como no podría ser de otra manera– una superposición de proyectos de construcción de identidad patrocinados por las sucesivas élites gobernantes muchas veces locales. Por ende, estos proyectos políticos no siempre fueron concebidos en la idea de *nación* como totalidad con atributos determinados; por eso, evitando aplicar un criterio unívoco a la lectura de este cúmulo patrimonial, como sería la de representación de una identidad nacional, el apelativo de "memoria-cimiento", a la que Olivier Mongin[75] apela, parafraseando a Mona Ozouf, ajusta al tipo de distribución de memoria en este museo al aire libre; es decir:

> *... una memoria que asegura el presente sin encerrarlo en el cerco de una historia nacional. Esta memoria-cimiento instituye una relación nueva con el tiempo: por un lado impide toda fundamentación del presente en el pasado y, por otro, recuerda que la memoria es la ocasión en que los vivos toman conciencia de su deuda con los muertos.*

Pues bien, no es objetivo de esta edición resolver actividades de aprendizaje o investigación; de todas maneras, sugiero que los estudiantes se aboquen a trabajos de campo rescatando, a través de indicios y marcas, la cantidad de rastros que un pasado polisémico, de memorias encontradas, ha ido dejando, y que jalona este *etnotexto*; aplicando en su investigación categorías de análisis provenientes de disciplinas interesadas en el tema, tejiendo la modulación de temporalidades inherente a la narración que todo museo inspira.

Usos y abusos de la memoria

El ritmo de los tiempos de los acontecimientos relativamente recientes que nuestra memoria plural recolecta suele no coincidir con el de la política o el de la justicia, ni siquiera con el de los *mass media*. La *memoria mediática* es construida incluso antes que el acontecimiento se produzca, y en caso de no anticiparlo, en rigor, acompaña su configuración a la que cámaras tan diminutas como sofisticadas no le pierden pisadas, cercenando o sobredimensionando los hechos públicos. La memoria contemporánea es *presentista*: se hace, deshace para volverse a hacer prácticamente a gusto del que produce o consume; se trata de la "desviación mediática que comprime el presente para poseerlo mejor".[76] Desde el comienzo del siglo XX, en adelante, la memoria ha dependido, en buena medida, primero del periódico, luego de la radio, la TV, las comunicaciones satelitales o de dispositivos digitales; por ende, nunca estaremos demasiado seguros de qué nos corresponde en esa costura, en calidad de sociedad que piensa, y qué es lo que recibimos metabolizado por intereses muy ajenos a los nuestros.

El uso político de la memoria es una buena muestra de la manipulación a la que queda sujeta, esgrima predilecta de Estados o de aparatos ideológicos del Estado. La escuela es experta en estas prácticas viciadas: desde manuales prohibidos hasta lecturas escritas *ad hoc*, discursos de actos patrios supervisados por la "superioridad", historias oficiales, exclusión de discursos históricos "no recomendables" para una determinada coyuntura, efemérides que se exaltan y otras que se apagan. Lo mismo sucede con personajes protagonistas de nuestra historia: la calle 25 de Diciembre cambia el nombre por el de Juan Manuel de Rosas, como la Avenida Córdoba por el de Eva Perón, para volver a ser Córdoba, y posteriormente, otra vez Eva Perón. Asimismo, la iconografía escolar guarda su propia jerarquía donde Domingo Faustino Sarmiento no siempre está en la primera fila y tampoco la censura ha estado ausente; y podríamos seguir con los análisis de la Conquista de América, la Conquista del Desierto, o con la representación de Hispanidad y nunca acabar.

El *uso explosivo* de la memoria es universal, tan universal que se podría pensar que forma parte de la condición humana, un *re-enactment* permanente, "una relación afectiva entre el autor y el objeto de su búsqueda";[77] y esta utilización intencionada hace que la memoria no sea la misma para poderosos y oprimidos, vencedores y vencidos, ni siquiera para hombres y mujeres,[78] la gloria de unos ha repercutido en la humillación de otros.

Lo más difícil no es "contar de otra manera" o dejarse "contar por otros", sino contar de otra manera los acontecimientos fundadores de nuestra propia identidad colectiva, principalmente nacional; y

dejar que los cuenten otros, lo cual resulta todavía más difícil. Habría que poder emplear la noción de "sí mismo como otro" en este nivel de la identidad colectiva.[79]

Intuimos, especulamos, inferimos las razones por las cuales archivos oficiales se abren en determinados momentos y no en otros, por las que personas hacen declaraciones ahora y no antes, el porqué de los perdones, de las amnistías o de los ostracismos. Las noticias nos pegan todos los días con nuestra propia *crisis del olvido*, efecto de leyes, acuerdos y pactos después de las más de las veces, rubricados por nuestros propios representantes. También es cierto que tampoco es cuestión de recordar todo, ni contar todo; de hacerlo lindaríamos con los bordes de la locura porque "los abusos de la memoria pueden darse al mismo tiempo que los del olvido",[80] pero sostengo con firmeza, que de recordar lo más posible depende la calidad de nuestro futuro y la recuperación de nuestra identidad como colectivo social. Ahora bien, tanto olvidar como recordar giran en torno de dónde está colocado el poder, y cómo este poder se regula, disyuntiva presente en toda institución donde haya jerarquía y autoridad; o sea, que la memoria, en este contexto, es "instrumento pragmático del poder".[81]

En democracias muy jóvenes, la dupla *memoria-justicia* es otro de los instrumentos pragmáticos del poder. Por caso, ¿cuánto de las guerras mundiales, étnicas y religiosas, o de las dictaduras latinoamericanas la justicia ha dejado de lado? Invito a mis colegas a motivar a los alumnos a realizar una práctica de asociación libre respecto de la idea de justicia y, tal vez, mi hipótesis no esté demasiado alejada del sentido de la respuesta: el significado de *justicia* se acerca al de *olvido*. Los veteranos de Malvinas, las madres y abuelas de desaparecidos, las familias de los asesinados por el "gatillo fácil", o por procedimientos mafiosos, y de los caídos bajo las bombas terroristas de la Embajada de Israel y de la AMIA, todavía claman por una justicia más expeditiva, simplemente, porque *hacer justicia* en un Estado de derecho es la catarsis que toda sociedad necesita para continuar siendo tal.

La memoria es un elemento esencial de lo que hoy se estila llamar "identidad", individual o colectiva, cuya búsqueda es una de las actividades fundamentales de los individuos y de las sociedades de hoy, en la fiebre y en la angustia.[82]

Y este acto no es sólo responsabilidad de los jueces. En los alegatos políticos "Dios y la Patria me lo demanden", "...que la Historia lo juzgue", o "la Historia me absolverá",[83] la palabra *justicia* ha estado siempre asociada a la de *historia*, sobre todo cuando la historia era considerada omnipresente, unívoca e inapelable y la práctica política un

apéndice de la misma. Pero Marc Bloch nos enseñó bien que el historiador no es juez; el historiador interpreta, estudia, enseña la relación de los hombres en el "plasma" del tiempo. Aun así, el profesional de la historia no es un ser ingenuo y etéreo; y la escuela no desconoce este tema, ya que las aulas siempre han sido tribunas predilectas de las ideas en sus extremos más distantes, tal vez, porque paradójicamente se considere a los alumnos personas poseedoras de escasa capacidad crítica. Pero, justamente, no se trata de trabajar con nuestros alumnos la *memoria repetida* sino con la *historia crítica*, esa historia que recupera lo acallado, lo no cumplido, las utopías que nos legaron los hombres del pasado cuando ese pasado era presente y por ende futuro.

No obstante, en la tribu de historiadores también habitan los que amputan desgarros de la historia, para olvidar buscan *limpiar la historia*. De ahí, la responsabilidad de los educadores en recuperar realidades que han crucificado a parte de la humanidad, que se omiten o que se pasan por el cedazo del olvido o de la distracción; por caso, los textos provenientes del "revisionismo histórico" –también denominado "negativismo histórico"[84]–, voces que aprovechándose de la tendencia de la última historiografía en cuanto a que el estilo hace la historia, insisten en afirmar que el Holocausto es mero producto de la imaginación, tal es el caso del polémico historiador Robert Faurisson[85] o el controvertido Daniel Goldhagen.[86] Esta corriente, por momentos, niega y en otros, castra la existencia de la "solución final", el Shoah,[87] es decir, que desprendimientos de memoria y trozos de cuerpos quedan fuera de la historia. Uso perverso de la memoria, facilitado por el poder de un discurso, cuando la palabra de un saber es utilizada como borrador de otra palabra, la memoria se lava y entonces la humanidad aniquila su identidad; sin anestesia, pierde su *halakahah*.

Apéndice temático

El monumento histórico, ícono de la memoria pública

Pablo Montini (Universidad Nacional del Rosario)

La historia, forma científica de la memoria colectiva, toma a los monumentos como uno de los elementos más importantes para analizar. Éstos dejan de ser una obra de arte cuando son creados para recordar, conmemorar o restituir a la memoria un acontecimiento o una persona, es decir, pasan a transformarse en un *monumentum*. Jacques Le Goff vincula este término:

> *... a la raíz indoeuropea* men *que expresa una de las funciones fundamentales de la mente (*mens*), la memoria (*memini*). El verbo* monere *significa hacer recordar, de donde "avisar", "iluminar", "instruir". El* monumentum *es un signo del pasado.*[88]

Los monumentos conmemorativos, por lo tanto, tienen como objetivo la evocación y la celebración del pasado en el presente. Muchos son construidos a la memoria de acontecimientos o héroes que forjaron la nación o que, de alguna manera, la han enaltecido. Sugieren imitar el desempeño ético de predecesores, muestran a los ciudadanos en qué valores creer y guían su conducta cívica. Como símbolos de las glorias nacionales, promueven la solidaridad horizontal y vertical, hacen que los habitantes pertenecientes a distintas localidades, clases sociales, grupos étnicos y generaciones, se consideren a sí mismos un pueblo. En definitiva, los monumentos son uno de los instrumentos más destacados en la construcción y el sostén de las "comunidades imaginadas". A iniciativa del Estado, surgen luego de la Revolución Francesa ya que previamente sólo se rendía tributo a la memoria de los reyes, papas y santos; a partir de este acontecimiento, se produce un proceso de democratización de los honores y las conmemoraciones cívicas fueron una parte importante de este programa revolucionario.

Asimismo, los monumentos son el engarce simbólico entre las gestas ilustres del pasado y el "deber patrio" del Estado en el presente, y colaboran para sostener la unicidad de la identidad nacional. Sabemos que el pasado se debate en el ámbito de lo político, y en la tensión política se construye la memoria colectiva. Estas representaciones sacralizan y transmiten versiones particulares de la historia, pero, simultáneamente, suprimen, minimizan y desprecian ciertas tradiciones asentadas en la memoria de un pueblo. En otros casos, a los monumentos se los utiliza para curar las lesiones en la

memoria de una nación dividida, son representaciones "intencionadas", aporte teórico del historiador y conservador austríaco, Aloïs Riegl:

> *... sólo a aquellas obras que por voluntad de sus creadores han de rememorar un determinado momento del pasado (o un conjunto de estos).*[89]

Los historiadores de la tercera generación de *Annales* han colocado a los monumentos y a los "lugares de la memoria" en un sitio central dentro del estudio de una nueva historia política, tratamiento que comenzaron a redimensionar en los años '70, tratando de explicar la politización de los pueblos, la constitución de las identidades nacionales y la expansión de los valores republicanos entre la burguesía.[90] Por su parte, Maurice Agulhon es el historiador que más se ha ocupado de la imaginería cívica, conjugando la historia política, de las mentalidades, del arte y del folklore.[91] Los historiadores argentinos se rindieron frente al atractivo de estos temas estudiados por sus colegas europeos; haciendo más hincapié en la construcción de la nacionalidad situaron a los monumentos como referentes materiales de esta edificación política.[92] Fue entre las postrimerías del siglo XIX y el comienzo del XX, cuando el Estado nacional se propuso la construcción de la "memoria-nación", resultando la denominada "pedagogía de las estatuas"[93] un elemento importante en esta empresa que se encontraba en pleno auge en los Estados modernos nacidos al calor de la Revolución Francesa; es a esta época de expansión de las construcciones rememorativas a la que Maurice Agulhon conceptualiza como el período de la "estatuomanía". [94]

Estos nuevos soportes cívicos comenzaron a formar parte del decorado urbano gracias a los avances de la industrialización y a los cambios urbanísticos que se operaron a finales del siglo XIX; generalmente, se instalaron en los espacios públicos, tomando la forma de arcos de triunfo, columnas, pirámides, obeliscos, monolitos, fuentes, bustos de los próceres o de héroes sobrecargados de alegorías republicanas, asignándoles un carácter honorífico o pedagógico. Incluso, algunos de estos conjuntos patrimoniales han tenido tanta incidencia en el proceso de configuración de la identidad de un pueblo, que la ciudad que los alberga se constituye en su custodio; por caso, el Monumento Nacional a la Bandera emplazado, en 1957, en Rosario.

Atendiendo a las caracterizaciones expuestas, los distintos tipos de monumentos constituyen un inmejorable tema para ser abordado a partir de diversas actividades escolares, posibilitando, además, alcanzar la tan deseada interdisciplinariedad al aproximarse a contenidos provenientes de las distintas áreas de estudio. Por ejemplo, en el museo al aire libre, con el que cuenta la ciudad de Rosario, como lo explica el texto

precedente, los alumnos podrán encontrar distintos monumentos que son verdaderos "lugares de la memoria", destacándose sus funciones materiales y simbólicas.

A partir de distintas estrategias didácticas (utilización de conocimientos previos, visitas guiadas, redes conceptuales, técnicas grupales, etc.) y aprovechando a modo de materiales de la memoria no solamente a los monumentos, sino también recursos tales como fotografías, postales, souvenires, filmaciones, Internet, diarios y revistas, museos históricos, bibliotecas, podremos generar en los alumnos, a través de estos hitos de la memoria, sentimientos de pertenencia a la comunidad, una idea más clara sobre la noción de patrimonio histórico, además de que comprendan la importancia del estudio de los aspectos político-ideológicos de la memoria colectiva como huellas del pasado.

Desde otro punto de vista, sus formas nos posibilitarían compenetrarnos en la evolución del arte en las distintas fases históricas. Desde la vinculación al neoclasicismo del Monumento a la Independencia en la Plaza 25 de Mayo, hasta las formas modernas de los proyectos del Parque de la Memoria, las que en muchos casos rompen con la idea tradicional de la figura monumento para acercarse a los rasgos formales provenientes de las vanguardias.

También percibiríamos en su historia el sello del recuerdo y de la participación popular en la elección de ciertos héroes. El monumento a Domingo F. Sarmiento, por ejemplo, en la plaza del mismo nombre, fue levantado gracias a una suscripción colectiva en los años precedentes al primer Centenario de la República.

Al mismo tiempo, guardan la capacidad de mostrarnos la relevancia que tuvieron muchos edificios públicos en la memoria, cuando algunos de sus restos reclaman el carácter de monumento respondiendo a la presión de la memoria colectiva. Un caso paradigmático estaría constituido por el único vestigio que ha quedado del Banco Nación, demolido en los años de la dictadura militar para convertirse, en los primeros tiempos de democracia, en un monumento a la memoria de esta espléndida construcción que se encontraba ubicada en la esquina de San Martín y Córdoba. Esta institución bancaria, creada como motor para el desarrollo económico del país, es recordada en 1988, en coincidencia con una de las peores crisis económicas de la nación; por lo demás, dicho monumento rememora otro hecho vinculado a la estructura productiva de la ciudad: el antiguo nombre de la calle San Martín, llamada hasta 1889 Puerto.

La elección y erección de monumentos honoríficos a determinados personajes se encuentran vinculadas a la política, y enfrentan a distintos grupos, generándose así batallas simbólicas por la ocupación del espacio público. Un claro ejemplo lo encontramos en el traumático trayecto errante del monumento en honor a Giuseppe Garibaldi. Siendo su primer destino prohibido por los grupos católicos que contaban con el poder

de la provincia a finales de siglo XIX, pasa a ser trasladado al local de la Logia Masónica donde se concentraba la mayoría de sus seguidores. Luego de ser edificado el Parque de la Independencia, se lo muda allí en 1904, evidenciando el triunfo de los valores del liberalismo. Pero la ideología que representaba el italiano no había sido olvidada por sus detractores, que después de setenta años le colocan una bomba con la intención de destruir su imagen, días antes del golpe militar del 76.

Todos estos avatares nos demuestran que la memoria esta montada en la larga duración y esta vinculada a los aspectos políticos e ideológicos. El interés de la "nueva" historia y la curiosidad de la sociedad por la memoria colectiva han descartado la historia fáctica recuperando la historia particular de los sentidos histórico-antropológicos de las imágenes, en los rituales, en las fiestas y en los gestos.

El paso del tiempo tampoco ha podido borrar de la memoria de los seguidores del Brigadier General Juan Manuel de Rosas, sus batallas emprendidas a favor del federalismo, ni tampoco pudo con ella la historiografía liberal constructora de la "memoria- nación". Después de casi más de un siglo, en el Parque de España fue colocado un pequeño monolito a la memoria de la batalla contra las fuerzas porteñas en 1859, olvidada por la historia nacional y también local.

Entre los antecedentes del actual Monumento a la Bandera encontramos otro acto de restitución de la memoria. En 1909, se le encargó a la artista tucumana Lola Mora la construcción de dicho monumento; a pesar de trabajar durante muchos años en el mismo, se le rescinde el contrato debido a que una comisión subestimó el valor de sus esculturas. Así, es que el conjunto escultórico recorrió la ciudad: enterrado, cubierto por matorrales, trasladado por distintas plazas, paseos, escuelas y cuarteles. Luego de años de injusto tratamiento, la memoria de la ciudad restituyó la obra a un nuevo espacio: el Pasaje Juramento; proyecto también de antigua data, nunca del todo olvidado, devuelve a la ciudad los trabajos de esta genial artista argentina.

Por último, los monumentos conmemorativos y las celebraciones cívicas alteran el espacio y el tiempo con el fin de expresar sacralidad. Esta transformación se logra a través de rituales recurrentes y por medio de diferentes símbolos que otorgan un valor particular a la memoria, a la construcción y a la historia de cada monumento. Todos los años, el 20 de junio, en el Monumento a la Bandera se conjuga el tiempo sacro con el espacio sagrado que esta construcción representa; inflamando a los participantes de un espíritu patriótico, el monumento se carga de vida y se vuelve, junto a "la fiesta", parte de la memoria colectiva. Sumándose a estas fiestas sacralizadas en el imaginario colectivo, surgen otras más profanas que cuentan con el consenso popular: las Fiestas de las Colectividades. Celebradas anualmente en un mismo espacio, se convierten en un atrac-

tivo para el imaginario y la memoria de los distintos grupos étnicos que la promueven. En el ultimo tiempo, el Parque Nacional a la Bandera se ha poblado de monumentos relativos a la inmigración. A partir del precursor Monumento a los Inmigrantes, han surgido otros como el Monumento a la Inmigración Croata, el busto de Monseñor J. B. Scalabrini, "padre de los inmigrantes", y el busto de Santa Francisca Javier Cabrini, "patrona de los emigrantes".

No sólo con la presencia de estos puntales de la memoria deberíamos trabajar en las actividades de la escuela, sino también con los olvidos, con los hechos que no son venerados a partir de la amnesia colectiva, buscando y profundizando en las huellas de la memoria.

Hoy, como explica Pierre Nora:

> *La pérdida de un principio explicativo único nos ha sumergido en un universo fragmentado, a la vez que ha promovido cualquier objeto, por humilde, improbable o inaccesible que sea, a la dignidad del misterio histórico.*[95]

Estos objetos bien podrían ser los monumentos, verdaderos receptáculos de la memoria, que forman parte del conocimiento histórico y ayudan a que los jóvenes reconstruyan, problematicen y conserven la memoria del pasado para que puedan resignificar su identidad.

Notas

[1] Paralelismos entre la profesión historiadora y la del periodista se desarrollan en Lacouture, J. "La historia inmediata", en Colectivo de autores, *La Historia y el oficio de historiador*, Imagen Contemporánea, La Habana, 1996, [1988]. También, Darton, R., *The Kiss of Lamourette*, W.W. Norton & Co., New York, 1991, conceptos retomados por Godoy, C. "Robert Darnton: el rostro americano de la Nueva Historia", en Hourcade, E. Godoy, C., Bottalla, H. (Comps.), *Luz y contraluz de una historia antropológica*, Biblos, Buenos Aires, 1995.
[2] Hoy, 24 de marzo, se inaugura en La Plata el Primer Encuentro sobre Memoria Colectiva.
[3] "... la memoria humana es particularmente inestable y maleable (crítica hoy clásica en la psicología de los testimonios judiciales, por ejemplo), mientras que la memoria de la máquina se impone por su enorme estabilidad, análoga al tipo de memoria representada por el libro, pero unida a una facultad evocativa hasta ahora desconocida", Le Goff, J.: *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Gedisa, Barcelona, 1991, pág. 174.
[4] Augé, M.: *Los "no-lugares". Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, España, 1994.
[5] De Certeau, M.: *La invención de lo cotidiano*, Instituto Universidad Iberoamericana, México, 1997.
[6] Hartog F.: "Patrimonio e Historia: los tiempos del patrimonio", Seminario que dictara el Dr. Hartog en la cátedra Teoría de la Historia, Facultad de Humanidades y Artes, UNR, octubre 1997.
[7] La expresión pertenece a Hartog, F.: "Temps et Histoire", en *Annales. Histoire, Science Sociales*, noviembre – diciembre de 1995.
[8] Augé, M.: op. cit., pág. 36.
[9] La sistematización historiográfica de una "historia inmediata" se produce en Francia a partir de la década del '60, Lacouture, J., op. cit.
[10] "Y puede decirse que, en gran medida, esa dimensión militante, combativa si se quiere, de la memoria como una *causa* ética y política responde y enfrenta a las fuerzas que, desde el propio aparato estatal, buscan clausurar y sepultar esa pasado", Vezetti, H.: "Memorias", en Altamirano, C. (Ed.): *La Argentina en el siglo XX*, Ariel, Buenos Aires, 1999, pág. 369.
[11] Mommsen, H.: "El Tercer Reich en la memoria de los alemanes", en Yerushalmi, Y. y otros: *Usos del olvido*, Nueva Visión, Ediciones Buenos Aires, 1989.
[12] En este sentido, la obra de Nora, P. es un clásico sobre el tema. Id., *Lex lieux de mémoire*, Gallimard, París, 1997. También, Hartog, op. cit.
[13] Acepción que Nora aplica a la memoria referida a la construcción de la nación francesa, Ib.
[14] El tema memoria-historia en esta etapa de la configuración de la disciplina histórica ha sido tratada

en Godoy, C.: *Historia. ¿Aprendizaje plural o gritos de silencio*?, Laborde Editor, Rosario, 1999.

[15] En estos días ya se está preparando el jubileo del segundo Centenario de la Revolución de Mayo de 1810. Por otra parte, se está proyectando la excavación arqueológica de la Plaza de Mayo en la ciudad de Buenos Aires con el propósito de encontrar vestigios que aclaren más nuestro pasado público.

[16] De Cetteau, M.: "La operación histórica", en Le Goff, J., Nora, P. (comps.): *Hacer la Historia*, 1, Laia, Barcelona, 1975.

[17] Para el tema de las funciones de la historia, consultar, Bloch, M., *Apología para la historia o el oficio de historiador. Edición crítica preparada por Étienne Bloch*, F.C.E., México, 1997. También Pereyra, C.: "Historia para qué", en AA.VV.: *Historia para qué*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1988.

[18] Expresión acuñada por Lozano, J.: "Entre la historia y la ficción: el discurso histórico", en *Debats*, 27, 1989. La idea de credibilidad entre lector y autor fue trabajada con anterioridad por Gay, P.: *Style in History*, W. W. Norton & Co., 1988, (1974).

[19] Hartog, F.: op. cit.

[20] Nora, P.: op. cit.

[21] Hartog, F.: op. cit.

[22] Ib.

[23] Nora, P.: op. cit.

[24] Vidal-Naquel, P.: se ocupa de un recorrido crítico referido a la "prolongada carencia de la historiografía francesa en relación al "judeocidio", en Id., *Los judíos, la memoria y el presente*, FCE, México, 1996. Asimismo, "It is interesting to note, that in times of the traumatic experiencies of the 20th century, it was not historians, but poets who assumed the task to save and protect *kleos* and memory of silenced victims. Poetry was an archetypal ghetto of these dead, while history tended to 'forget' them". Domanska, E.: "Introduction to historographical criticism", Mimeo, Poznan, 1999, pág. 13.

[25] Godoy, C.: *Historia*..., op. cit.

[26] Ib.

[27] El otro libro es *El Terrorismo en la Argentina. Evolución de la Delincuencia Terrorista en la Argentina*, en cuya contratapa figura una representación del Escudo Nacional y debajo las palabras "Oíd ¡mortales! El grito sagrado: ¡Libertad, Libertad, Libertad!".

[28] Los considerandos sobre la denominada "memoria propaganda" resultan interesantes de consultar como estudio de caso, Baczko, B.: "La Polonia de Solidaridad: una memoria explosiva", en Id. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1991.

[29] Pío XI, "Divini Redemptoris" 1,6 y 19 de marzo de 1937.

[30] "Controlar el pasado ayuda a dominar el presente, a legitimar dominaciones e impugnaciones. Ahora bien, son las potencias dominantes –Estados, iglesias, partidos políticos o intereses privados– los que poseen y financian medios de comunicación masiva o mecanismos de reproducción, libros escolares o tiras cómicas, filmes o emisiones de televisión", Ferro, M.: *Cómo se cuenta la historia a los niños del mundo entero*, FCE, México, 1980, pág. 10.
[31] "Considerando: Que es deber ineludible del Poder Ejecutivo preservar en todo momento el orden y la seguridad públicos, impidiendo aquellas actividades que puedan alterarlas. Que el análisis del libro titulado "Cuentos para chicos traviesos" de Jacques Peévert de Ediciones Librerías Fausto, con pie de imprenta del 15 de noviembre de 1974, permite advertir que está destinado al público infantil y sus temas resultan nocivos para la formación del auditorio al que está dirigido... El Presidente de la Nación Argentina decreta: 1º Prohíbese la distribución, venta y circulación...Refrenda: Reinaldo A. POGGI. Director Nacional de Educación Media y Superior. Circular Nº 137, Dirección Nacional de Educación Media y Superior, Buenos Aires, 30 de agosto de 1977. También Decreto Nº 1831 fechado en Buenos Aires el 24 de junio de 1977, en Boletín del CONET Nº601, Buenos Aires, 26 de setiembre de 1977.
[32] Dorfman, A.: *Para leer el pato Donald*, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1973.
[33] Los considerandos de Viera, J. D.: "La propiedad de las imágenes: el ejemplo norteamericano", en Veyrat-Masson, I. y Dayan, D. (comps.): *Espacios públicos en imágenes*, Gedisa, Barcelona, 1997, presentan un texto sugerente en el tratamiento de los problemas que generan los límites difusos entre lo público y lo privado en la imagen.
[34] Touraine: "La escuela del sujeto", en Ib *¿Podremos vivir juntos?,* FCE, México, 1996.
[35] Vidal-Naquet, P., cit. en Lacouture, J., la diferencia no es tan tajante ya que hay historiadores como François Furet y Jacques Julliard que han practicado el periodismo "con una atención tan ferviente y constante" y periodistas sobresalientes en investigaciones sociológicas inspiradas en la ciencia política que han realizado operaciones acontecimientales extraordinarias, caso Woodward, B. y Bernstein, C. con "Todos los hombres del presidente", Id., cit. No hay que olvidar el trabajo periodístico del historiador Darton, R., en ocasión de la caída del muro de Berlín, Id., *Berlin-Journal 1989-1990*, W.W. Norton & Co., New York, 1991.
[36] Lacouture, J., op. cit.
[37] Braudel, F.: "La larga duración", en Id. *La Historia y las Ciencias Sociales*, Alianza, Barcelona, 1984.
[38] "All the news that fits we print", el historiador estadounidense Darton, R., que trabajó durante años como periodista del *New York Times* antes de ser historiador de profesión –y que nunca abandonó totalmente su primera profesión: Id., *Berlin Journal..., cit.* es una buen ejemplo–, se explaya sobre

diferencias conceptuales y de estilo entre ambas la operación historiadora y la periodística, Id., *The Kiss...,* op. cit..

[39] Godoy, C.: *Historia...,* op. cit.

[40] Gallerano, N.: "History and the Public Use of History", en Bedarida, F. (Ed.): *The Social Responsability of the Historian,* Bergham Books, Oxford, 1994.

[41] Halbwachs, F.: Alcan, París, 1925

[42] Yerushalmi, Y. H.: "Reflexiones sobre el olvido", en Yerushalmi, Y. y otros: op. cit.

[43] Ib., pág. 25.

[44] Ricoeur, P.: *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, UAM Ediciones, Madrid, 1998.

[45] Resulta demostrativo el rastreo del caso Sofri, Ginzburg, Carlo G.: *El juez y el historiador*, Anaya y Mario Muchnick, Madrid, 1993.

[46] Ib.

[47] Koselleck, R.: *Futuro pasado*, Paidós, Barcelona, 1993.

[48] Yerushalmi, Y.: op. cit.

[49] Ricoeur: op. cit., pág. 62.

[50] Ib.

[51] Concepto que corresponde a Agulhon, M.: *Historia Vagabunda*, Instituto Mora, México, 1994.

[52] Douglas, M., How Institutions Think, (Syracuse, N.Y., 1982), cfr, Appleby, J., Hunt,L., Jacob, M. "History Makes a Nation", en Id., *Telling the Truth about History*, W.W. Norton & Company, New York, 1995.

[53] Chartier, A-M., Hebrard, J.: *Discursos sobre la lectura (1880-1980)*, Gedisa, Barcelona, 1994, pág. 274.

[54] Nora, P.: op. cit.

[55] Nota de la autora.

[56] Lacouture: op. cit., pág. 230.

[57] El calendario escolar 2000 ha incorporado el 19 de abril como "Día de la convivencia en la diversidad cultural".

[58] Touraine, A.: op. cit.

[59] Farge, A.: *La atracción del archivo*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1991, pág. 76.

[60] Nora, P.: op. cit, 1, pág. 33.

[61] Ib.

[62] Respecto de la incorporación imprescindible de tratamientos teórico-metodológicos al quehacer

cotidiano de las Ciencias Sociales como entidad interdisciplinaria en el aula, ver Godoy, C.:, *Historia*..., op. cit.

[63] Conclusiones medulares, a partir de años de trabajo de investigación en taller para docentes, son presentadas por Achilli, E.: *Investigación y Formación Docente*, Laborde Editor, Rosario, 2000.

[64] Joutard, P.: *Esas voces que nos llegan del pasado*, FCE, México, 1999, pág. 253. [1983].

[65] Ib.

[66] Farge: op. cit., pág. 66.

[67] Mongin, O.: "¿Una memoria sin historia? Hacia una relación diferente con la historia", en *Punto de Vista,* N° 49, Buenos Aires, 1994.

[68] Hartog, F.: "Patrimonio...", op. cit.

[69] Las presentaciones de la publicación realizada por el Fondo Nacional de las Artes y Fundación Antorchas, como resultado de un encuentro internacional de especialistas en políticas y museología, resultan por demás de interesantes e ilustrativas de los altibajos de las políticas llevadas a cabo por instituciones privadas y públicas en el montaje, conservación y administración de los museos contemporáneos. Id., *Lo público y lo privado en la gestión de museos*, FCE, Buenos Aires, 1999.

[70] Por ejemplo, se está construyendo el que albergará la colección Costantini en Buenos Aires.

[71] Ver consideraciones sobre museo al aire libre, en Fondo Nacional de las Artes, op. cit.

[72] Hartog: "Patrimonio...", op. cit.

[73] "El poder utiliza medios espectaculares para señalar su asunción de la historia (conmemoraciones), exponer los valores que exalta (manifestaciones) y afirmar su energía (ejecuciones)", Balandier, G.: *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, Paidós, Buenos Aires, 1994.

[74] Sábato, H.: en "Olvidar la memoria" hace un recorrido interpretativo de esta cultura política del olvido, *Punto de Vista,* N° 36, 1989.

[75] Ib.

[76] Mongin: op. cit.

[77] Lacouture: op. cit.

[78] Para el caso de la historia de México, consultar Florescano, E.: "De la memoria del poder a la historia como explicación", en Pereyra, C. y otros: *Historia ¿Para qué*?, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1982. También el caso polaco en Bazcko, cit. también, Brossat, A. y otros: *En el este, la memoria recuperada*, Edicions Alfons El Magnànim, Valencia, 1992.

[79] Ricoeur, op. cit., pág. 48.

[80] Ib.

[81] Ib.
[82] Le Goff, J.: *El orden de la memoria*, Paidós, Barcelona, 1991.
[83] Frase del discurso pronunciado por Fidel Castro en el tribunal de urgencia de Santiago de Cuba el 16 de octubre de 1953, texto que se encuentra en el Museo del Moncada, por otra parte, "primer cuartel devenido en escuela", reconversión no casual en la reproducción de una memoria colectiva.
[84] Chartier, R.: *On the Edge of the Cliff*, The John Hopkins University Press, Baltimore, 1997.
[85] Vidal-Naquet, P. responde a lo que entiende como una ofensa para la humanidad por parte de Faurisson, Vidal-Naquet, P.: *Los asesinos de la memoria*, Siglo XXI Editores, México, 1994.
[86] Habermas, J. y otros: *Los alemanes, el Holocausto y la Culpa colectiva. El debate Goldhagen*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.
[87] Pierre Vidal-Naquet es de los historiadores que más defiende la idea de Sholah y la memoria judía en contra de sus detractores, en Id., *Los asesinos...,* cit. Id., *Los judíos...*, op. cit.
[88] Le Goff, J.: op. cit, pág. 227.
[89] Riegl, A.: *El Culto moderno a los monumentos,* Visor, Madrid, 1987, pág. 31.
[90] Ozouf, M.: *La Fête révolutionnaire1789-1799,* Gallimard, Paris, 1976; Hobsbawm, E. y Ranger, T.: *The invention of the tradition,* Cambridge University Press, 1983; Nora, P.: op. cit.
[91] Agulhon. M.: *La République au village. Les populations du Var de la Révolution á la IIe République*, Plon, París, 1970; Id., *Marianne au combat. L'imaginerie et la symbolique républicaines de 1789 á 1880*, Flammarion, París, 1979; Id., *Marianne au pouvoir. L'imaginerie et la symbolique républicaines de 1880 a 1914*, Flammarion, París, 1989.
[92] Bertono, L.: "Construir la nacionalidad: Héroes, Estatuas y Fiestas Patrias, 1887- 1891", en *Boletín del Instituto de Historia argentina y americana Dr. E. Ravignani*, Nº 5, Buenos Aires, 1992. Id., "Soldados, gimnastas y escolares. La escuela y la formación de la nacionalidad a fines del siglo XIX", en Ib., Nº 13, Buenos Aires, 1996. Taller de Historia de las Mentalidades, "La Argentina de 1910: sensibilidad, alegorías, argumentos, en torno a un centenario", en *Estudios Sociales* Nº 4, UNL, Santa Fe, Primer Semestre 1993. Burucúa, J. E., Jáuregui, A., Malosetti, L. y Munilla, M. L.: "Influencia de los tipos Iconográficos de la Revolución Francesa en los países del Plata", en *Imagen y Recepción de la Revolución Francesa en la Argentina*, GEL, Buenos Aires, 1990. Gorelik, A.: *La Grilla y el Parque,* Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1998. Piccioni, R.: "Conmemoración histórica y presión diplomática. El concurso para el monumento a la Revolución de Mayo", en *Taller Revista de Sociedad, Cultura y Política*, Vol.3, Nº 6, Buenos Aires, abril de 1998. Aguerre, M., Galesio, M. F. y Renard, M.: "Carlo Zucchi y los monumentos conmemorativos de Buenos Aires, Montevideo y Río

de Janeiro", en Zucchini, C.: *El Neoclasicismo en el Río de La Plata*, Eudeba, Buenos Aires, 1998.

[93] Rojas, R.: *La Restauración Nacionalista,* Peña Lillo, Buenos Aires, 1971; citado por Gorelik, A.: op. cit.

[94] Agulhon, M.: op. cit.

[95] Nora, P.: "Entre mémoire et histoire", en op. cit., vol. 1, pág. 32.